

Ramón LANZA, La población y el crecimiento económico de Cantabria en el Antiguo Régimen. Univ. Autónoma de Madrid, 1991.

Con la publicación de esta monografía —Tesis Doctoral del autor— concluye una etapa no muy larga pero si muy intensa en la que Ramón Lanza ya nos había ofrecido un sabroso anticipo con su libro sobre la comarca de la Liébana publicado en 1988 y que constituía entonces su Memoria de Licenciatura. El paso de un enfoque local a otro regional más ambicioso hizo necesario cambiar un poco la metodología allí aplicada de forma que el método agragativo inglés pasó a constituir el armazón fundamental de la segunda en tanto que el método de reconstrucción de familias quedaba prácticamente lateralizado; también es de agradecer que no se opte por los métodos de retroproyección cuyos resultados hubieran sido dudosos en áreas de registro de la mortalidad tan problemáticas. Esta opinión del autor, completamente legítima, es la que ha permitido garantizar el empleo de más de medio centenar de registros parroquiales y con ello dar unas bases sólidas a los objetivos que se pretendían cumplir.

Para el que suscribe, la publicación de este libro viene a llenar un vacío esencial en esa España del Noroeste con sus extremos bastante bien conocidos por la presencia de abundantes investigaciones sobre Navarra, País Vasco y Galicia pero con más escasas aportaciones en lo que se refiere a Asturias y Cantabria. El libro que recensamos no decepciona en este sentido sino todo lo contrario aunque a uno le hubiera gustado que la obra no fuese tan proclive a las citas comparativas con otras demarcaciones nacionales (en especial de la España interior) e internacionales (preferentemente anglosajonas) en tanto que la relación con áreas más cercanas, geográfica e históricamente hablando, quedan un poco más diluidas. Así son muchas las conclusiones que ofrece esta investigación con miras a apuntalar ese modelo noratlántico que venimos defendiendo de unos años a esta parte: unos determinantes naturales que contribuyen a configurar unas formas de poblamiento internas muy diferenciales con acusadísima concentración de los hombres en las comarcas litorales (aquí la Marina concentra casi los 2/3 de la población cántabra); unas cronologías de expansión y de contracción demográficas que ya nos resultan familiares y con unos ciclos de crisis casi idénticos; unas bases socioeconómicas asentadas en la supremacía casi absoluta del mundo rural (Cantabria apenas superaba los 17.000 habitantes urbanos en 1787) y en una agricultura bastante dinámica tanto en lo que se refiere a la evolución de los cultivos como en las transformaciones de una ganadería cada vez más articulada con aquéllos; un modelo demográfico caracterizado por unos parámetros que nos resultan ya bien conocidos para los que nos venimos dedicando a esta España Atlántica (tasas de mortalidad infantil y de párvulos moderadas y en descenso desde mediados de XVIII, nupcialidad como elemento clave reguladora de la reproducción social a través del matrimonio tardío y su tendencia al retroceso desde finales del siglo XVII, profundas similitudes en los patrones migratorios incluso en los ritmos que estos adoptan y los lugares de destino); en fin, unas estructuras familiares bastante parecidas (abundancia de formas solitarias y complejas, control del sistema por el alto celibato y la fuerte emigración, acusadísima endogamia parroquial, incremento de sus miembros en las etapas expansivas...). Sin duda, no se nos esconden ciertas matizaciones diferenciales propias de la región si nos detenemos a hilar un poco más fino: es el caso de un dinamismo demográfico menos vivo o la existencia de una vinculación más estrecha con la España interior tanto antes como después de la apertura de la vía de Reinosa. Esto determina que aquí las migraciones temporales sean más ricas y variadas favorecidas por esa complementariedad tan genuina que suele producirse allí donde la relación entre las áreas de montaña y de llanura es más estrecha favorecida por la distancia menor.

Dentro del magnífico nivel científico que nos ofrece la obra a nosotros nos parece que habría que destacar dos logros principales sin que por ello queramos desmerecer al resto:

- a) El excelente resultado alcanzado por la metodología empleada en la reconstrucción de la evolución de los efectivos demográficos. La respuesta censal y la derivada de los registros de bautizados no chirrían en su contraste, como lamentablemente acostumbra a suceder en muchas investigaciones demográficas españolas, y ambas respuestas diseñan unos ritmos semejantes; de esta manera uno siente una gran sensación de seguridad en la evolución del número de habitantes. Así frente a tres momentos bastante positivos que cubren buena parte del siglo XVI, de 1630 a 1685/86 y de 1750 a 1830 se contrastan las graves quiebras coyunturales con crisis puntuales que al parecer son aquí más fuertes que en otras áreas de esta España Atlántica. Esto hace que el saldo evolutivo de la población cántabra sea menos brillante con algo más de una duplicación de sus efectivos (+ 118%) entre 1591 y 1860 en clara concordancia con lo que sucede en el País Vasco y frente al mayor dinamismo de Galicia o de Asturias.
- b) Un segundo aspecto que nos parece también muy logrado es el denso análisis que se hace de los movimientos migratorios convertidos para el autor en la "estrategia fundamental de reproducción social". Tanto la tipología de los mismos en dos grandes apartados —larga duración o definitiva y temporal— como la integración de estos movimientos en la dinámica demográfica nutren tal vez algunas de las páginas más logradas del libro.

Pocos elementos de discusión pueden ofrecerse a una obra que nos parece muy completa y bien articulada. Quizás decepcione algo el amplio capítulo dedicado al estudio del contexto económico, no tanto porque podría parecer insuficiente si lo ponemos en relación con el título del libro—no desde luego con su contenido real centrado de forma preferente en el estudio demográfico— sino por el discurso teórico adoptado que se nos antoja un poco rígido, mucho más atento a los problemas de superpoblación (prematuramente situados a fines del quinientos), rendimientos decrecientes y baja productividad que a los cambios del sistema productivo (alternancia de cultivos, rendimientos, etc.). También nos parece excesivo el protagonismo de las crisis demográficas en la interpretación de la evolución de la población ya que los mecanismos de los sistemas de autorregulación son mucho más complicados y sólo la utilización de unas metodologías más refinadas, aquí casi abandonadas, podrían aclararlo mejor y, en cualquier caso, quizás convendría no arriesgar tanto en la interpretación. Por último, en el mismo capítulo de la mortalidad creemos exagerado mantener unas formas arcaicas y tradicionales de la mortalidad en Cantabria hasta la segunda mitad del XIX ya que, como reconoce el propio autor, la tabla de mortalidad de Viérnoles está sesgada por lo que quizás no se valoran lo suficiente las moderadas tasas de mortalidad infantil y de párvulos que como decíamos se presentan además en claro descenso. A nosotros, los datos de mortalidad, nos aparecen más próximos al modelo "avanzado" gallego que a las estructuras mucho más atrasadas de la España interior. En fin, pequeñas puntualizaciones, por lo demás discutibles, que no deberían ser tenidas en consideración si pensamos en el gran bagaje de aportaciones que nutre la obra así como en el rigor y seriedad con que fue elaborada. Por todo ello, la demografía española en general y la Universidad de Cantabria en particular deben felicitarse con esta aportación que traduce la madurez que están demostrando algunas de las recientes monografías de entre las cuales este libro constituye un brillante exponente.

José Manuel Pérez García